

Pre-print, Renero Adriana, La noción de límite en el pensamiento de Eugenio Trías. *El saber filosófico: antiguo y moderno* (Martínez Contreras y Ponce de León, Eds.), vol. I, Siglo XXI: 207-215.

La noción de límite en el pensamiento de Eugenio Trías.

Adriana Renero.
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
renero@alefconsultores.net

Resumen. El pensamiento moderno ha supuesto la noción de *límite* en sentido negativo por su connotación relativa a la restricción y a la prohibición. Eugenio Trías (Barcelona 1942), ha considerado el concepto de *límite* resaltando su sentido afirmativo y positivo: como espacio de mediación y enlace. Advirtiéndolo como *limes*, según su origen etimológico y con la aplicación con que los antiguos romanos denominaron al territorio fronterizo desde donde protegían el imperio de los bárbaros; se inspira para desarrollar su filosofía del límite. Aquí se reflexionará sobre el límite, según asociaciones propias, como eje, red centralizada de caminos y articulación de espacios. Y siguiendo a Trías, como espacio simbólico y hermenéutico, mediación e intersección o gozne entre *cerco hermético* y *cerco del aparecer*.

Palabras clave: límite, simbólico, hermenéutico, eje, mediación.

La noción de *límite* presente en la historia de la filosofía desde Descartes a Kant y de Hegel a Wittgenstein y a Heidegger ha sido advertida en *sentido negativo*. Respectivamente, y en líneas generales, se ha referido al ámbito y a la capacidad del conocimiento, es decir, como límite del conocer; como obstáculo, barrera (*Schrank*) o límite último y absoluto que no puede ser sobrepasado y por ende establece la impotencia liminar del existente (*Dasein*); o bien, como acotación de lo que puede decirse, como semáforo rojo del *logos*, o sea, límite del pensar-decir o límite del lenguaje y del mundo.

La noción de *límite* debido a su connotación restrictiva y su alusión a la obstaculización principalmente ha conservado solamente su dimensión negativa. Eugenio Trías (Barcelona 1942) reflexiona dicha noción resaltando un sentido afirmativo y positivo con lo cual coloca los cimientos para construir lo que él mismo denomina: *filosofía del límite*.

Trías destaca que el pensamiento moderno no fue capaz de comprender que el límite no es un semáforo rojo que implica imposibilidad y restricción, o que fija una necesidad negativa en relación con el ámbito de la posibilidad lingüística o del conocimiento o, incluso, que provee una posición desventurada al ser humano que asocia el límite con la contingencia y la finitud; sino que el límite tiene un carácter afirmativo y positivo por el poder que ofrece en cuanto conexión o enlace,

tanto de comunicación como de diferenciación entre el ámbito sensible o mundo donde se despliega el *logos* (pensar-decir) en el cual se dialoga y el ámbito en el cual sólo se advierte un referente de silencio, aquel que no se puede violentar ni desentrañar como ha pretendido y ha dejado impronta la Razón Moderna.

¿Cómo advierte Trías el carácter afirmativo de la noción de límite? El filósofo español parte de que el término *límite* en latín se dice *limes*, que significa línea, punto o momento que señala la separación entre dos cosas, en sentido físico o inmaterial. *Limes* significa también sendero, camino, paso entre dos campos. Así, para desarrollar su filosofía, se inspira en el origen etimológico del límite y lo resalta con la aplicación que se le dio en la antigüedad romana al espacio o territorio denominado *limes*, el cual era habitado por *limitanei*: ejército o grupo de soldados que ocupaba o acampaba en la franja fronteriza de la zona imperial. De suerte que el *limes* era la senda romana fortificada con soldados y guardias en torres y fuertes que adquirió el sentido de frontera, lo mismo natural que artificial por la geografía del lugar o por el diseño arquitectónico del mismo.

Los *limitanei* establecidos en dicho espacio se ocupaban de realizar una labor militar y agricultora, además de defenderlo de los bárbaros o extranjeros tenían que cultivarlo. A estos soldados que guardaban la frontera y atendían a su subsistencia se les atribuyó también el término *limitrophus*, *trofé* significa en griego alimentarse, así *límitrofe*: el que se alimenta de los frutos del *limes* o que se cultivan en el *limes*. Este espacio o emplazamiento además de ser cultivado era susceptible de ser habitado, y su habitante, al estar orientado e imantado por ese *limes* que lo instituye y constituye es denominado por Trías *fronterizo*.

En este sentido, la cualidad principal del *limes* y de donde se concibe su dimensión positiva y afirmativa es el hecho de funcionar como conexión o enlace, tanto de comunicación como de diferenciación entre el imperio o ámbito cívico y el ámbito extranjero que se concebía silvestre y sin ley.

Ahora ¿Cómo funciona el límite en tanto conexión o enlace? Para aclarar esta cuestión destaco algunos rasgos fundamentales o propiedades distintivas de la arquitectura romana que ilustran el significado de límite que aquí tratamos.

Según asociaciones propias, el límite de Trías se puede concebir como eje, red centralizada de caminos y articulación de espacios.

En general, los edificios y las plantas romanas están organizados sobre una base axial estable. Conviene señalar que la base axial o eje hace referencia a una línea (la mayor de las veces imaginaria) alrededor de la cual se mueve un cuerpo, por ejemplo, la Tierra; o bien, una línea que une o divide un espacio interior y exterior articulados o divide a la mitad una cosa. Si eje de simetría significa una línea dibujada o imaginaria que divide una figura plana de modo que doblada ésta por ella las dos partes coinciden, es posible con ello mostrar la relación con el *limes* según una de sus primeras derivaciones, esto es, como espacio de articulación y como franja del centro o centro. Así, el eje romano se relacionaba con un centro que a menudo se definió como un cruce de ejes.

Otro rasgo de la arquitectura romana es la frecuente utilización tanto del espacio interior como del exterior y su tratamiento como una sustancia moldeable y articulable. Si se trazara un mapa simbólico del mundo romano, su rasgo más sobresaliente sería una red centralizada de caminos. La intención era formar una totalidad dinámica y compleja de áreas en interacción, así como dar un carácter de articulación que respondía al logro de la continuidad y el ritmo, es decir, al espacio dinámico mismo. Estas propiedades son análogas con el *limes* ya como eje, cruce de ejes o red centralizada de caminos, ya como enlace y conexión entre zonas o ámbitos y articulación de espacios.

Pero ¿qué espacios articula propiamente el límite de Trías? Y ¿Qué relación tiene el *limes* como espacio o emplazamiento en referencia al imperio y a la zona extranjera con la filosofía de Trías? Respondiendo a esta segunda cuestión, lo fundamental es comprender que el *limes*, era un espacio tenso y conflictivo de mediación y enlace y aunque fuera una estrecha franja, participaba de ambos caracteres, de lo civilizado y de lo silvestre. En él se enlazaba o reunía y desunía a la vez el ámbito romano y el bárbaro; actuaba a la vez como cópula y como disyunción. Así, la noción de límite que Trías reflexiona es un límite siempre en correlación, un límite respecto a dos ámbitos que escinde y une a la vez.

Ahora bien, para contestar a la pregunta sobre qué espacios articula el límite, Trías propone pensar en tres ámbitos que denomina *cercos*. Los llama *cercos* porque se acercan en el modo de ejercer presión, por contacto y distancia, y porque constituyen envolturas. Estos ámbitos son: *cercos del aparecer*, *cercos herméticos* y *cercos fronterizos*. El *cercos del aparecer* y el *hermético* no pueden comunicarse entre sí, sólo el *limes* o *cercos fronterizo*, tiene la prerrogativa de mantener relación directa con ambos; es, como veremos, instancia hermenéutica y simbólica porque comunica tanto con el *cercos del aparecer* como con el *hermético* y permite la vinculación de mensajes o correo de doble dirección gracias a que el *logos* o figura lógico-lingüística que le corresponde es el símbolo.

El *cercos del aparecer* es el lugar del conversar, donde el pensar-decir se expone, por eso, la particularidad de este *cercos* es el movimiento del *logos*. Lo que aparece es aquello que comparece, se manifiesta, aflora, por ello, este *cercos* es el ámbito donde se da la experiencia, donde se concibe y se conoce, donde reparamos o advertimos los objetos; es aquello que comúnmente llamamos mundo. El *cercos del aparecer* es el ámbito de lo que se patentiza, de lo perceptible y tangible en el marco del espacio y del tiempo, es lo que Kant concibió como fenoménico: lo que intuimos sensiblemente, podemos conocer y está en el marco de la experiencia.

Ahora, si lo *hermético* remite a lo impenetrable o cerrado el *cercos hermético* se refiere a lo replegado o encerrado en sí que contiene, en tanto ámbito, lo sagrado, lo secreto, el enigma; precisamente, aquello que dificulta ser designado con nombres y verbos. El *cercos hermético* se halla fuera del marco de la posible experiencia de objetos sensibles; no obstante, se da, en cierto sentido, la experiencia propia del misterio, de algo que, como tal, no puede comparecer, como presencia, en el marco del decir y el significar; de algo que no puede patentizarse o que el decir haga presente. Trías retoma la manera en la que Kant diferenciaba aquello que podía ser concebido y aquello que, sin poderse conocer, se impone al pensamiento. De suerte que, aunque éste no puede ser conocido, debe ser pensado.

Así, aquello enigmático que coloca en contrariedad al *logos*, es lo que Kant denominó nouménico. El cual designa todo aquello susceptible de ser pensado, que no puede ser conocido por aquel entendimiento sobre el que se traza un límite entre lo que se puede conocer y lo que, siendo incognoscible, puede y debe ser pensado. Kant hablaba de ideas que, en ese límite, desbordándolo o señalando un más allá, deslizan cuestiones, problemas y enigmas que se imponen a la reflexión, sin que exista método que permita su resolución y su apropiación cognoscitiva.

Trías designa aquello encerrado en sí, replegado y oculto como la condición de posibilidad de toda revelación y aparición. Es la *Physis* o *cercos hermético* lo que constituye la matriz, raíz física y material de donde procede todo cuanto puede aparecer en el *logos*. Se trata de ello como un fondo oscuro que constituye la fuente de donde brotan los entes que pueden ser alcanzados por el *logos*.

Ahora bien, entre el cerco del aparecer y el hermético se sitúa el *cercos fronterizo*, el límite a manera de intersticio que, en sentido afirmativo, como *limes* es un espacio susceptible de ser habitado. El límite es una efectiva mediación que reflexiona (se refleja, refleja, se desdobra) en sí mismo en relación a esos dos extremos, pero de manera que uno no arremeta contra el otro.

El límite vincula el cerco del aparecer o mundo donde partimos de un dato de la existencia, con el cerco hermético o donde se halla oculto el fundamento de la existencia: la raíz o matriz originaria de donde brotan todos los entes. El cerco fronterizo se remite al límite entre lo conocido y lo que se rehúsa y retrae a todo decir y significar; es un límite que sólo el símbolo puede trascender mediante una exposición siempre indirecta y analógica. Límite al cual la razón se eleva, hallando en él su propio carácter fronterizo: una razón interrogativa, autocrítica, autoreflexiva que lanza preguntas que en el límite se generan.

¿Cómo se vinculan en el límite el cerco del aparecer y el hermético? El límite o cerco fronterizo anuncia, atisba, da señas y señales en forma de *símbolos*, de aquello que se repliega en sí. Es, mediante el símbolo, ya sea en el uso artístico o religioso, por lo que se advierte una manifestación sensible. Y a pesar de que el símbolo no pueda entenderse racionalmente, en ello radica su

peculiaridad: en que revela velando y vela revelando; de ahí que todo símbolo implique ambigüedad.

Si bien es una unidad que presupone una escisión y en el que se encuentran desunidas o desencajadas la forma simbolizante (o aspecto manifiesto del mismo) y lo simbolizado (que constituye su horizonte de sentido), el término símbolo en su origen, se deriva de *sym-bállein*, acción por medio de la cual se lanzan a la vez dos fragmentos de una moneda o medalla dividida, acordada a modo de contraseña o señal de reconocimiento de una amistad o alianza. Cuando ambas partes se arrojaban a la vez con el fin de buscar su empalme o encaje; aparecía la expresión *sým-bolon*, que significa aquello que se ha lanzado conjuntamente.

El acontecimiento *sym-bálico* constituye un complejo proceso, en el marco del cual puede tener lugar el encaje y la coincidencia de ambas partes. Así opera el *limes* como intersección, ligamen o religación de lo visible o el fenómeno y lo invisible o nouménico, o como umbral de mediación entre el cerco del aparecer y el cerco hermético. Si en el *sým-bolon* se lanzan al mismo tiempo dos fragmentos de una unidad escindida, en la filosofía del límite, los fragmentos se remiten al cerco del aparecer y al cerco hermético y dicho lanzamiento conjunto tiene lugar en la frontera o *limes*.

El límite, dice Trías, no es la categoría, ni lo trascendental, sino gozne o bisagra, cópula-disyunción o, desde la perspectiva ontológica, ser en tanto que ser que hace posible tanto el horizonte del pensar-decir (categoría) como el más allá (trascendental) donde se aloja, en su ocultación o encierro, la cosa en sí. Y el *limes*, se da *logos* o figura en el *símbolo*, donde se produce esa conjunción-disyunción entre la categoría y la cosa o entre el cerco del aparecer y el cerco encerrado en sí. El símbolo, como el límite, deslinda y aúna, entraña la separación y la reunión, evoca una comunidad que ha estado dividida y que puede reformarse.

De este modo, Trías inaugura este espacio afirmativo o ámbito de mediación con una particularidad hermenéutica por el poder que ofrece como

conexión o enlace tanto de comunicación como de diferenciación. Esto supone la cualidad de admitir una diferencia entre cercos y comprenderlo como gozne o bisagra que articula, flexiona espacios y abre un ángulo de giro.

En analogía con el *limes* y el símbolo, conviene recordar el carácter del dios romano *Jano*. El sistema rector o red de caminos representaba para los romanos la propiedad básica del espacio arquitectónico, de ahí la importancia que tuvo la figura de *Jano*, dios de los accesos y puertas públicas por las que confluían los caminos, el cual se representó con dos caras opuestas: una que miraba hacia delante y otra que simultáneamente miraba hacia atrás, además de poseer la cualidad de examinar las cuestiones en todos sus aspectos, era el dios de la partida y del regreso. El *limes* como bisagra tiene la propiedad de girar simultáneamente hacia los lados o cercos opuestos. A la vez, cuenta con la capacidad de articular y religar los ámbitos y funcionar como red de caminos. Así, el *limes* puede ser representado con la facultad bifronte de *Jano*.

Ahora ¿Cómo podemos entender la particularidad hermenéutica del límite? Para responder a ello, considero preciso enfatizar que si bien la hermenéutica atiende a diversas acepciones y consideraciones, las que aquí se destacan aquí son las que hacen referencia a la interpretación y a la mediación de sentidos y realidades. No obstante, el elemento de la mediación queda como constitutivo del espacio limítrofe al que se ha hecho alusión.

Sabemos que mediar es siempre interpretar y que interpretar es mediar; sin embargo, en ese acto el sentido nunca puede comprenderse completamente siempre tiene un carácter inconcluso y aproximativo, pues siempre hay más por decir y por mediar: no se puede acceder totalmente al sentido.

La función de la hermenéutica acoge al *limes* de Trías o el límite posee características hermenéuticas por ser espacio de mediación entre cercos, esto es, porque conlleva también la mediación de sentidos y realidades; conjuntamente porque su carácter es siempre aproximativo, móvil, anhelante (nunca fijo). Asimismo, porque sugiere algunas particularidades análogas a la figura de *Hermes* por ser capaz de coimplicar los opuestos y de participar en la búsqueda

de sentido que él mismo simboliza y personifica. Ya en la hermenéutica contemporánea *Hermes* representa la relación o nexo de significación entre las cosas y es, como Jano, el dios del paso y de la doble relación.

Es posible convenir que el límite de Trías posee una prerrogativa similar, pues al ser espacio simbólico, es mediación recreadora de sentidos y mediación reconciliadora de opuestos. El límite se vuelve así una nueva realidad que permite la aproximación al conocimiento y a la comprensión de sentido. En el límite, el acontecimiento simbólico adquiere, a través de la hermenéutica, aproximación de significación y sentido. El límite busca la reunión, por medio del *ymbalein*, del cerco de lo nouménico con el fenoménico, adquiriendo así su rasgo ambivalente. Por eso, en virtud del símbolo se establece un nexo o puente hermenéutico entre el cerco hermético y el cerco del aparecer, puente de doble dirección que establece la circulación hermenéutica de mensajes de un lado al otro, donde fluye el diálogo y el intercambio dinámico que abre nuevos horizontes de sentido.

Así, si la hermenéutica filosófica responde a la tarea de mediación entre realidades y el lenguaje es interpretación, el límite de Trías correspondería a una dialéctica entre idealidad y realidad, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo que se revela y lo que se oculta o entre el movimiento hacia adentro y el movimiento hacia fuera. Y precisamente en la zona de entrecruce, en el *limes* o frontera, es donde se ve requerida la experiencia hermenéutica, donde el sentido se puede revelar o rehusarse a ello.

Ahora bien, de acuerdo con Trías, lo que se descubre en el espacio limítrofe es un conjunto entrelazado de instancias de mediación de contenido hermenéutico, que dan libre curso y vía abierta al correo de doble dirección entre los dos cercos extremos. Estas instancias son los *daímones* que recoge del *Banquete* y del *Fedro* de Platón, y así como restablecen las relaciones entre dioses y hombres, son puentes que aseguran la ida y la vuelta y que operan como potencias del límite.

Estas potencias o instancias hermenéuticas que figuran en el límite son, en líneas generales: *Poiésis*, que actúa como el fundamento de todo producir o

techné (arte-técnica); *Logos*, que se expansiona a modo de unidad del pensar-decir, en diálogo; *Eros*, como fundamento de lo que llamamos deseo; y *Mnemosyne* que da horizonte a los tres, los entrelaza y armoniza al proporcionarles dirección, sentido y *télos*.

Pero ¿por qué son importantes estas potencias del límite o *daímones*? Porque en tanto el ser humano se alza hasta la posible comunicación con los habitantes de esa zona fronteriza, a través de su erótica-poiética, su lógica-dialéctica y su anamnética, se puede constituir fronterizo y habitante del *limes*. Esto es, si a través del poetizar y crear o del pensar y recordar, del arte y de la filosofía, se ajusta al límite, entonces realiza su condición limítrofe. El ser humano cuya existencia está dada en el cerco del aparecer es potencialmente fronterizo, puede alzarse al *limes* y adquirir carácter *daimónico* participando de ambos cercos. El *limes* puede comparecer como puerta cuyo cerrojo hermenéutico abre la libre creación de las formas simbólicas que pertenecen al límite.

Finalmente, la noción nuclear que Trías propone es la de un límite que no promueve fijeza ni determinación, limitación-prohibición ni restricción, sino fluidez, movimiento y apertura; es puente, nexo, cruce de ejes y espacio de tránsito. A mi consideración pues, Trías instaura un nuevo horizonte de reflexión, alumbra y prepara el emplazamiento para reconstruir esta noción de límite en sentido positivo, como espacio de articulación y equilibrio en tanto abre un canal de comunicación y diálogo que pugna contra lo estático: asunto fundamental para el pensamiento filosófico actual. A partir de lo anterior sostengo que si se comprende esta propuesta del límite, se abre una alternativa que implica tanto el desprestigio del dogmatismo, producto de la metafísica tradicional, como la salida del nihilismo, producto de la metafísica del sujeto que conduce a la asunción de finitud como caída total en la inmanencia; pues el límite, en lugar de fijar, petrificar, encasillar, es espacio abierto de intersección y mediación, conjunción y disyunción; espacio ambiguo y polémico pero de comunicación. El límite de Trías implica plasticidad y recreación de nuevas formas de reflexión y de diálogo que, por ser simbólico y bifronte, reúne elementos separados, enlaza espíritu y materia, cultura y

naturaleza, idealidad y realidad. Así, mediante el ejercicio de las cualidades *daimónicas* (de *Eros*, *Poiésis*, *Mnemosyne* y *Logos*) el ser humano se alza hacia ese espacio o ciudad del límite y se vuelve fronterizo. Optar por esta filosofía o por recrear esta noción como intersticio liminar, implica variación y movimiento, pero equilibrio y modulación indispensables.

Referencias.

- Trías, E. (1991) *Lógica del límite*, Barcelona, Editorial Destino.
----- (1994) *Edad del espíritu*, Barcelona, Editorial Destino.
----- (1999) *La razón fronteriza*, Barcelona, Editorial Destino.